

JOSE CORONA NUÑEZ

Nació en Cuitzeo del Porvenir, Mich., en 1906.

Antropólogo, ex director del Museo Regional de Guadalajara. Se ha dedicado, de preferencia, al estudio de la historia prehispánica, con marcado interés en el occidente de México. A ello se deben sus publicaciones *El Lienzo de Jucutácato*; *Cuitzeo, estudio antropogeográfico* (1946). Con W. Jiménez Moreno, una nueva versión de *El Lienzo de Jucutácato* (1946); *Mitología tarasca* (1957). Revisó los términos tarascos en la nueva edición de la *Relación de Michoacán*, Madrid, Aguilar, 1956.

La Secretaría de Hacienda y Crédito Público le encargó la preparación de los seis volúmenes de la obra *Antigüedades Mexicanas*, de la que han aparecido tres vols., y que es una reedición de los códices publicados por Lord Kingsborough.

Fuente: José Corona Núñez. *Mitología tarasca*. México, Fondo de Cultura Económica, 1957. 112 p. ils., p. 12-19.

MITOLOGIA TARASCA

Los tarascos concebían al Universo dividido en tres partes: la región del firmamento, que designaban con el nombre de *Avándaro*; la de la tierra, que nombraban *Echerendo*; y la de los muertos, llamada *Cumiechúcuaro*. Esta última región se localizaba debajo de la tierra. Dichas regiones eran tres planos superpuestos de igual importancia. Cada uno de ellos estaba habitado por dioses: en el firmamento, las deidades representadas por astros y aves, y en los dos restantes, los dioses terrestres y de la muerte, con la apariencia de hombres y animales.

En cada una de estas tres partes del Universo se distinguían cinco regiones o puntos cardinales: cuatro laterales en horizontes opuestos y uno central, y en cada uno de estos cinco puntos estaba una deidad de diferente color. Es muy común entre los tarascos llamar a las deidades del norte "Dioses de la Mano Derecha", y a las del sur "Dioses de la Mano Izquierda". Igual cosa debe haber sido en la región de los aztecas, de ahí el nombre de *Huitzilopochtli*: colibrí izquierdo o zurdo.

De esta disposición del Universo surgen los números sagrados: el tres que representa a los dioses del cielo, de la tierra

y del mundo de los muertos; el cinco, que simboliza a las deidades de los cuatro puntos cardinales y del centro; y el cuatro, que representa especialmente los puntos cardinales de la tierra, donde están los dioses llamados "Las cuatro partes del Mundo".

Era de gran importancia para los tarascos el culto al fuego. El Dios del Fuego fue su deidad más antigua, y de ella se derivaron todas las otras. *Cucicaveri* es su nombre. Equivale a *Huehuetéotl* de los mexicanos: el Dios Viejo.

La palabra *Curicaveri*, escrita por los españoles del siglo XVI Curicaveri o Curicaberi, y después Curicaneri, parece realmente ser Curicaheri (*curi*: fuego, y *caheri*: grande), y entonces significa "El Gran Fuego", o "La Gran Hoguera". Así vemos que sus cinco sacerdotes ostentan el nombre de *Curihisit-acha*: "el señor que arregla el fuego", que era el sacerdote mayor, y los otros cuatro el nombre de *Curipecha*: "los que arreglan el fuego en el templo", que eran los ayudantes. Todo sacerdote del fuego se llamaba *Curiti* o *Curita*. Como estos sacerdotes eran ancianos, se les decía *Cura*, palabra que significaba "abuelo", y que en plural se dice *Curicha* o *Curacha*.

Curicaveri tenía un hijo, el Sol. Pero el Sol muere en el Poniente por obra de la Noche, y entonces surge el Sol Joven que va hacia la casa de la Noche a desenterrar el cadáver de su padre. Este Sol Joven es sin duda *Curicaveri*, el Nieto de que habla la *Relación*.

Esta trinidad del Fuego, el padre, el hijo y el nieto, está representada en el cielo nocturno por tres estrellas que semejan la forma de la *paráhtacuqua*, instrumento con que los tarascos encendían el fuego.

Juan Bautista Laguna dice a este respecto: "Al cual instrumento y a unas estrellas que se le parecen, llaman *Pharáhtacuqua* y éstas son la *cayda* o *astillejos* que van en pos, o siguiendo a las Pléyades, o siete cabrillas.

Estas tres estrellas también eran reverenciadas por los mexicanos, y son las que forman la cabeza del Toro: Aldebarán, Beta y Gama. Sahagún dice:

Hacia esta gente particular reverencia y también particulares sacrificios a los mastelejos del cielo, que andaban cerca de las cabrillas, que es el signo del Toro. Ejecutábanlos con varias ceremonias; cuando

nuevamente aparecían por el oriente acababa la fiesta del Sol; después de haberle ofrecido incienso decían: “ya ha salido *Yoaltecuhtli* y *Yacauiztli*, ¿qué acontecerá esta noche, o qué fin tendrá, próspero o adverso?” Tres veces, pues, ofrecían incienso, y debe ser porque ellas son tres estrellas: la una vez a primera noche, la otra a hora de las tres, la otra cuando comienza a amanecer. Llamaban a estas estrellas *Mamalhuaztli*, por este mismo nombre llaman a los palos con que sacan lumbre, porque les parece que tienen alguna semejanza con ellas...

Los tarascos encendían el fuego en medio de las tres casas de los Papas (Sacerdotes), a la medianoche, y los sacerdotes llamados *Thiuimenchá* (Ardillas Negras) tocaban sus cornetas en lo alto de los cúes, y contemplando una estrella, el sacerdote *Hirípati* hacía una ofrenda de pelotillas de tabaco, arrojándolas al fuego, mientras decía:

“Tú, Dios del Fuego, que apareciste en medio de las casas de los Papas, quizá no tiene virtud esta leña que hemos traído para los cúes, y estos olores que teníamos aquí para darte, recíbelos tú que te nombran primeramente Mañana de Oro, y a ti, *Hurendecuaué-cara*, Dios del Lucero, y a ti que tienes la cara bermeja, mira que contrita trajo la gente esta leña para ti.”

La oración anterior nos revela que el Fuego hizo una aparición milagrosa en medio de las tres casas de los sacerdotes. Es posible que haya sido en forma de rayo, hecho muy importante, con mayor razón, si es que se realizó cuando todavía no poseían instrumentos para producir el fuego.

Cuando bajaba el Fuego del cielo sobre un individuo, éste era deificado. Tal cosa aconteció con Hiquíngare, hijo del Señor de Pátzcuaro que tenía el mismo nombre, el cual fue embalsamado y lo tuvieron como dios en la laguna hasta que los españoles lo destruyeron.

Que el Fuego era la primera deidad de los tarascos lo demuestra claramente el hecho de que toda la vida religiosa bordea en torno de las hogueras. La principal dedicación del Señor tarasco estaba en traer y hacer traer leña para las fogatas del templo. Como Fogónero Supremo y Sacerdote Mayor, era el

encargado de encender el fuego, y por lo mismo se le nombraba "teniente del Dios Curicaveri".

De las hogueras sale el humo y sube a los cielos. El humo es el único contacto entre el hombre y los dioses del cielo. Todavía más, es el alimento de los dioses. Esta creencia permanece. Lumholtz observó en Michoacán, a fines del siglo pasado, que en las casas ponían a la hora de la comida del mediodía, ante las imágenes de los santos, una cazuelita con incienso a guisa de alimento. Esto acontecía en la Sierra de Paracho.

El México desconocido, 1904, t. II, p. 410.

De este hecho se desprende como cosa posible, que los tarascos hayan sido afectos a fumar tabaco. Entre ellos sólo los sacerdotes y los señores, es decir, los representantes de la divinidad, podían fumar, y lo hacían en grandes y largas pipas de barro, porque tenían que alimentarse con humo, como los dioses del cielo. En ningún documento antiguo se ve que la gente común fumara. La *Relación de Cuitzeo de la Laguna*, documento de 1579, dice que los indios de allí acostumbraban a masticar hojas frescas de tabaco con polvo de cal, para tener fortaleza. Este sería el uso general del tabaco. En el idioma tarasco antiguo había el verbo *ghuamuni*, que significa "tener en la boca la yerba que se dice andúmuqua" (tabaco). Con lo que se demuestra que esta costumbre era general y no estaba limitada a la región de Cuitzeo.

El ofrendar al Dios del Fuego pelotillas de tabaco que arrojaban en la lumbre, era con el objeto de que el humo tuviera olores gratos para la divinidad.

Otra ofrenda al Fuego consistía en quemar ricas mantas llamadas *quapímequa*. La *Ireri*, y las mujeres que ésta gobernaba, ofrecían en la casa del *Cazonci* mantas y pan a *Curicaveri*, y decían que eran mujeres de este dios.

En otra parte de la *Relación* dice: "si son muertos (los señores *Uápeani* y *Pauácume*) meteré en la lumbre estas dos mantas para quemarlas en su nombre... Y *Tariácuri*, Señor de Pátzcuaro, se enoja con su hijo y sus sobrinos y les dice: "¿Quién os dijo hacer cúes (a *Caricaveri*)? Ya los habéis hecho, ¿qué habéis de sacrificar en ellos? Han de ser algunas mantillas... Esto indica nuevamente, que no se "sacrificaban" mantas de cualquier clase, y confirma que al hablar aquí de *Curicaveri*, se refiere al Dios del Fuego.

Ahora bien, como el Cazonci era el supremo sacerdote y representante del dios en la tierra, su cadáver tenía que ser "sacrificado", quemándolo, como ofrenda máxima al Fuego y, tal vez, también para reincorporarlo a la divinidad. De aquí se desprende el por qué no se quemaban todos los cadáveres, sino únicamente el del Cazonci.

Otra ofrenda al Fuego era la sangre, principalmente la humana. También entre los tarascos se empleó mucho el autosacrificio, que consistía en extraerse sangre de la parte carnosa de las orejas, misma que arrojaban al fuego. Es posible que para recoger esta sangre se usaran unos recipientes de barro en forma de media luna que se encuentran en los museos de Morelia y Tepic, ya que se adaptan al cuello quedando los extremos bajo las orejas. Y puede ser, también, que el conocido jeroglífico de los mexicanos compuesto por líneas onduladas paralelas y discos de jade, como orejeras, sea la representación de la sangre de este autosacrificio, y no signifique únicamente "líquido precioso": la sangre humana, como se ha creído hasta ahora.

Dentro del hogar tarasco es la deidad familiar por excelencia el Fuego, puesto que aún se encuentran creencias y prácticas de hechicería relacionadas con el fogón. Simbólicamente en el fogón arde el fuego en medio de tres piedras llamadas *parangua*, de la misma manera que el Dios del Fuego ardía en medio de las tres casas de los Papas, así como en el cielo brillan las tres estrellas, resplandeciente sitial de esta deidad.

El fuego más intenso que arde en el cielo es el Sol, y por esta razón *Curicaueri* se identifica con él.

Pero el Sol tiene un mensajero que lo antecede en su carrera por el cielo: Venus. Y no sólo es su mensajero, sino también su sacerdote.

En la Mitología de los pueblos prehispánicos Venus es el personaje más importante. Con él trataban los hombres todo lo que tenían que pedir al Dios Sol. A veces es el mismo Sol, al ser su representante. De aquí nace la gran importancia que adquirió su culto.

Los tarascos llamaban a Venus *Curita-caheri*, que significa "El Gran Sacerdote del Fuego", y la misma palabra *Curita-caheri* se confunde con *Curicaueri*, por tener ambas la raíz *curi*: fuego, y terminar con la palabra *caheri*: grande, pues

hay que volver a insistir en que sin duda se cambió la *h* por la *u* en la palabra *Curicaueri*.

Este sacerdote del Sol, cuando tenía la advocación de mensajero de la guerra, era llamado *Hozqua-quangari*: "estrella valiente hombre". Su imagen iba a la guerra al frente de los escuadrones, pero nunca se hacía alusión a él, sino a *Curicaueri*, a quien servía. La apariencia corporal de este sacerdote del Sol nos la da la *Relación* cuando dice:

y llebaban todos sus presentes y muchas maneras de frutas a otro dios llamado *Curita-caheri*, que era mensajero de los dioses y llamábanle todos agüelo (sacerdote)... y era salido el Sol y aquel dios *Curita-caheri* se lababa la cabeza con jabón y no tenía el trenzado que solía tener. Tenía una guirnalda de colores en la cabeza y unas orejeras de palo en las orejas y unas tinezuelas pequeñas al cuello y una manta delgada cubierta... (*Relación*, pp. 73-74.)

Las tenacillas de oro, plata o cobre, puestas sobre el pecho, eran el distintivo de los sacerdotes tarascos. Conocemos su forma por las láminas 19 y 41 de la *Relación*, donde aparece el sacerdote mayor con su lanza en la mano y un calabazo en las espaldas, y sobre el pecho estas tenacillas que se asemejan al perfil de una campana con espirales a los lados. Hay ejemplares de plata y cobre en el Museo de Morelia, y son iguales a otras encontradas en el Perú.